

EDMOND VANDERCAMENN

## Mélot Du Dy Poeta de la Pasión Discreta

La elegía y la sátira son dos extremos que se tocan, se encaballan, forman un centauro a veces desdeñoso y apacible escapado de los libros de Mélot du Dy para demostrar que la poesía, simple o erudita, generosa o cruel, es siempre verdad hasta en sus más audaces ficciones.

Este lirismo aborda el acontecimiento en sí, pero afortunadamente el Arte existe todavía, y a lo largo de este camino que conduce a las únicas creaciones duraderas, Mélot du Dy lleva su parte en la búsqueda de un orden francés nuevo. Ciertamente, a cada paso, los tentáculos de la sensibilidad moderna continúan entrelazados, pero no representarán jamás un peligro para ánimo del caminante, que resiente una voluptuosidad salvadora al elevarse por entre los movimientos del corazón y la razón.

Mélot du Dy, angel burlón de la poesía francesa, ¿es un escéptico o un exaltado que se escuda en la ironía o en un aspecto pudoroso que linda a veces con la sequedad y aspereza de ciertos poetas del siglo XVIII? Su circunspección reticente y modesta no se detiene ante la diversidad de las perspectivas y no obstante su ironía casi podría hacer suyas aquellas palabras del héroe de Cervantes: "Así es, manifiesta Don Quijote, como lo que a tí te parece una bacía, para mí es el yelmo

de Mambrino y a otro le parecerá otra cosa". Pero, ¿la fantasía y el humor están desprovistos de las eficaces virtudes de la pasión? Esta predisposición no tendrá por qué oponerse violentamente, ni a las más bellas gestas del amor y de la amistad, ni a las grandes nostalgias, ni a la suavidad cotidiana de una existencia feliz. Cervantes, no obstante sus veleidades picarescas, ¿no es un hombre del Renacimiento? Y Toulet, y Pellerin en su tradición francesa, pese a ciertas actitudes "espectaculares", ¿acaso pudieron ahogar todos los secretos de un alma sensible?

Así, el lector que ha logrado identificarse con la obra de Mélot du Dy, repentinamente descubre la invencible emoción que asciende de las profundidades humanas y vibra con la extraña voz de la diosa Fantasía. Tratando de llegar a las regiones en donde el autor hace desfilar esta libertad, tan esencial como refinada, quizás descubramos que el espíritu del poeta, al dominar la sensación, evita de proyectarla fuera del placer de amar, siendo nuestra recompensa el haber seguido hasta el final a uno de los más puros movimientos de la inteligencia creadora.

El hombre perfecto, el hombre con "hombría", es ese caballero que se ve por todas partes; es ese amigo de juventud con quien tropezamos al cabo de algunos años, envejecido ya; que tiene mujer e hijos, sólo para pravalescer a un exceso de seriedad, y quien, nos tomaría por locos si le propusiéramos un juego de infancia". Es así como, en el prólogo de *Hommeries*, Mélot du Dy describe al antípoda del poeta, al burgués, que ignorará siempre la aventura apasionada, y que sonreíría compasivamente ante un Jules Supervielle inclinado hacia la oreja de su caballo para una confidencia.

La vida burguesa, en cuyo seno transcurrió la juventud de Mélot du Dy, ¿pudo influenciar su obra? ¿Llegó a marcarla de esa distinción que, —o paradoja— se burla tan brillantemente de los usos y costumbres de una época? Mélot du Dy nació en Bruselas el 27 de Octubre de 1891. Hizo sus estudios en el colegio franco-inglés de Liancourt, este famoso castillo rodeado de doscientas hectáreas de parques, tierras de cultivo, haciendas, etc., y que data de Luis XIV. En algunas de sus prosas no dejará de acordarse de esos lugares. Después vinieron el bachillerato en París, estudios de filosofía e historia del arte en la Universidad de Munich, numerosos viajes a Italia, particularmente a Florencia y Roma. Poco después, una juventud feliz en curso de la cual el estudio de los idiomas, el arte, la filosofía y los

hombres, perfiló definitivamente al ser sensible y dotado que acababa de publicar su primer libro de versos, *Printemps*, con un prólogo de Valère Gille. El autor de *La Corbeille d'Octobre*, se dirigía al joven poeta en estos términos: "...Usted ha saboreado también a los poetas ingleses y de los líricos alemanes, de los cuales pudo tener conocimientos en su propia lengua original. Usted supo de su encanto tierno y familiar, y a veces también de su vivaz ironía... Usted rebosa de esperanzas y dudas, de timideces y audacias..." En 1910 pues, estas primeras actividades de adolescencia eran indicios singularmente reveladores de los pasos futuros del poeta.

Mélot du Dy llevó por despreocupación la vida dulce y fácil de los años que precedieron a 1914, mientras que, desde su libro *Printemps* hasta sus últimos poemas, el desprecio por lo mediocre y por lo infame no cesará de dar a sus versos una nobleza y una dignidad que contrastan con la negligente psicología intelectual de tantos poetas de esa época.

Alors, nous rêverons à notre amour, tous deux  
Loin du réel, du médiocre et de l'infâme.... (1)

Este era el ambiente por aquel entonces.

De la misma mediocridad, el poeta se burla en forma casi cruel en su prólogo a *Hommeries*: "El hombre perfecto, el hombre dotado de "hombria", es ese pensador que no se sorprende por nada, pues tiene para todo una explicación razonada basada en las leyes de la más sana moral. Ignora las delicias del juego, las maravillas del azar. Sabe perfectamente por qué el melón se divide en tajadas, por qué el pollo tiene alas, y por qué su propio cuerpo tiene pies. Sabe lo que quiere, ese hombre". Ahora recordamos un pasaje de *Variétés*: "El carácter del hombre, según Paul Valéry, es la conciencia, y el de la conciencia, un agotamiento perpetuo, un desprendimiento permanente y sin límite de sus manifestaciones. Acto inagotable, independiente tanto de la calidad como de la cantidad de las cosas encontradas, y por medio del cual *el hombre de espíritu* debe resignarse, en pleno conocimiento de causa, al rechazo indefinido de ser algo".

Así, Mélot du Dy, lejos de abandonarse a una beatitud burguesa que hubiera podido ser el ambiente natural de una inteligencia y de una sensibilidad entregadas una y otra a los peligros de la holgura, goza de la riqueza huyendo por creación y reacción de toda sumisión vanidosa. Pero al mismo tiempo el hombre que hay en él es demasiado sincero para abandonar por medio del acto poético el desarrollo total

de su vida cotidiana. Sigamos pues al poeta. Acaba de publicar *Butin fragile*; tiene 20 años; regresa de Italia con versos todavía ingenuos, pero impregnados ya de su angustia por una humanidad demasiado banal.

Hélas! trompé par ce charmant mirage,  
Si je découvre un jour, après un long voyage,  
Le grand pays, si clair, si beau, j'ai peur  
D'y trouver une vie très médiocre, en somme,  
Des fleurs hélas! comme toutes les fleurs,  
Et des hommes pareils à tous les hommes... (2)

En vísperas de 1914, Mélot du Dy se encuentra en Bruselas con Jean de Boschère, trece años más viejo que él. Es un descubrimiento apasionante, pues este último es para du Dy, un verdadero hombre-poeta, cuyos espíritu y lirismo alcanzaron una originalidad maravillosa, coloreada de un nuevo barroco, con lo cual se acomodará a la perfección el joven poeta. El grande y patético Federico García Lorca decía a su amigo Gerardo Diego, quien le pedía un concepto sobre poesía: "Incendiaría el Parthenon de noche, para reedificarlo a la mañana siguiente, y no terminarlo jamás". Así son siempre estos poetas que jamás dejan de asombrarnos con su excesivo pudor ante la emoción.

Alumno sentimental de Alfred de Musset en la biblioteca paterna, y de Henri Heine durante su permanencia en Munich, nuestro poeta juzga que el autor de *Rolla* es más que todo un poeta del siglo XVIII y que su fracaso, (exceptuando el teatro, tan parecido a Marivaux) conviene atribuirlo a no haber sabido, o podido, llevar lo suficientemente lejos el espíritu de frivolidad. Además, Mélot du Dy me ha manifestado, respecto a esta evolución, que es en dicho momento que palpó la pretendida y hasta incontestable aridez de ciertos poetas del siglo XVIII. Es probable que haya hecho ahí algunos descubrimientos de interés de los cuales encontramos más de un vestigio en *L'Idole Portative*. Para lo que atañe a Heine, observaba que lo mejor o más importante terminaba con Laforgue. Es pues cuando nuestro autor escribe *L'Idole Portative*, en 1916, (libro editado sólo en 1919) que empieza verdaderamente a digerir las primeras influencias; el escritor toma conciencia de una personalidad que se afianzará muy pronto. Agreguemos a estas dos influencias, un cierto acento baudelairiano, y apreciaremos fácilmente la grandeza de este ídolo, ya echado de menos

antes de rozarlo siquiera. El libro deja a veces aparecer una nostalgia que encontraremos nuevamente, una vez el poeta habrá clasificado definitivamente el amor entre las grandes gestas del mundo.

El sentido de su ironía evoluciona ya en su obra *Signes de Vie*:

Grand silence, nuit totale.  
Attendre un instant. Je vois.  
Ecouter encor... La voix,  
Le fantôme de Tantale  
Rôde ici comme une bête.  
D'où nous arrive, et comment  
Ce lacustre, ce poète  
Signalé dans les romans?  
Au profond d'une mémoire,  
Son oeil de naïve a lui.  
Vous êtes priés de croire  
Que l'on n'a pas peur de lui! (3)

Cada gran poeta, ¿será siempre un nuevo Tántalo? Se trata aquí tanto del sentido mitológico como literario: un hombre a quien devoran sed y hambre de santa desnudez, mientras que un grito tan noble como desdenoso levanta las olas del río, y hace caer los frutos del árbol inaccesible. Pero justamente, los dos últimos versos de este corto poema demuestran que Mélot du Dy no cede a las quimeras y reserva al pensamiento prioridad sobre los sentimientos fáciles para apreciar mejor la dicha en la sabiduría.

"Todas las cosas, por una fuerza inmortal, de cerca o de lejos, se hallan tan invisiblemente ligadas, que sería imposible coger una flor sin turbar a una estrella". Así habla Francisco Thompson. Igualmente, entendemos que el poeta, en su evolución, debe permanecer ligado a dicha fuerza, so pena de dar vida sólo a fragmentos de un mundo tan vano como irreal. Este lazo es siempre visible en los sucesivos libros de Mélot du Dy, e inclusive se materializa a veces, como atestigua esta estrofa del curioso libro *Le sot l'y laisse*:

"...Je sais pourtant qu'un profond amour règnê et s'obstine  
loin des fleurs indiscrètes". (4)

El poeta parece esconderse por entero detrás de estas líneas... y continúa siendo el hombre de una pasión discreta. En cuanto a esas

flores, juega hábilmente con ellas creando a veces cierta cortina primaveral tras la cual el artista tañe la gran lira del Amor.

Al volumen *Le sot l'y laisse*, aparecido en 1920, el poeta habría podido darle este otro título: "Elegías satíricas", que expresaría perfectamente, nos parece, la dualidad constante de los sentimientos que nos presenta. El gusto de lo frívolo, que se afirma en estas páginas, no puede confundirse con el retruécano; el poeta no volteja en ellas las "sílabas del mundo"; le basta con ordenarlas según un lenguaje ágil, y a veces altanero, siguiendo la línea que pasa ya por Ronsard o Du Bellay, y representa lo que éstos tienen de más completo. Si la frivolidad, tanto en Mélot du Dy como en los poetas de la Pleiade, se confunde al mismo tiempo con el artificio y la libertad es, como en Ronsard y en Du Bellay, desbordante de juventud, de espontaneidad y de una inocencia que no excluye para nada el placer y sufrimientos del amor.

Hay, entre las elegías satíricas de *Le sot l'y laisse*, un poema intitulado "Stances Irregulières", del cual he aquí las primeras estrofas:

Ce que vous ignorez, mes hommes,  
Ce n'est pas la douleur profonde,  
Ce n'est point le profond souci;  
C'est plutôt la douceur frivole,  
C'est plutôt le reflet sur l'onde  
Qui passe et qui demeure aussi. (5)

Es por caminos similares que Mélot du Dy nos conducirá más tarde hacia una sensualidad muy humana, la misma que dio quizás su triunfo a La Pleiade, escuela de la cual Thierry Maulnier hablara con nostalgia justificada: "La poesía francesa no ha vuelto a encontrar, desde entonces, esa sensualidad tan humana, ese culto del cuerpo y del amor, esos dulces arabescos, ese frescor del agua viva hasta en su más sutil artificio, ese gusto admirable por la dicha, no combatido, sino que acrecentado y hasta tan tiernamente exaltado por la certidumbre de la fragilidad de todas las cosas, por la duración limitada de la belleza, del placer, de los caros sufrimientos del amor". Mélot du Dy ha demostrado, sin embargo, que se podía renovar esta poesía, darle una significación moderna, alcanzar con ella nuestro siglo actual, pero evitar también con ella, y gracias al recuerdo, los caminos espinosos,

. . . . . câr enfin  
 C'était aux Ages d'or que l'on crevait de faim,  
 Et l'angoisse jamais ne fut plus confortable  
 Misère de nos gens d'aujourd'hui, quelle fable  
 A bercer l'éternel!

(“SIGNES DE VIE”) (6)

En 1921, aparecía *Mythologies*, y en 1922, *Diableries*. Esta poesía ligera es menos superficial de lo que parece; recurriendo a lo absurdo, la aguda sensibilidad del poeta permanece estrechamente ligada al espíritu en oposición a la lógica aparente. La lógica de esta poesía es tan peculiar como el mismo equilibrio que se esfuerza en crear; y la substancia sentimental que ha logrado limitar por medio de tan sutiles eliminaciones, resulta todavía más sugestiva. La poesía de estas obras parece tener conciencia de su función; se puede afirmar que en Mélot du Dy, no hay jamás una pirueta fácil, sino más bien una infinidad de sujeciones que devuelven al lenguaje poético su eficacia inicial, es decir, su ilusión de espontaneidad. Estas sujeciones son tanto las del pensamiento como las de una prosodia personal en alto grado. Abstracción hecha del valor poético de estos dos libros y de los que les siguen, el pensamiento del autor actúa siempre simultáneamente en dos planos, al igual que Cervantes, cuando expresa a la vez lo que es verdad, para Don Quijote y para la naturaleza.

Esta poesía ofrece sinembargo un peligro: el de reducir cada vez más el contenido sentimental, de ser prisionera de una especie de “secreto profesional” y de llegar hasta el desdén de la torre de marfil.

Mélot du Dy irá hasta el fin, pero poco a poco, volverá a una emoción más directa, gracias a una forma de estoicismo con que impregnará sus versos. *Hommeries* y *Amours* preparan las armonías, ya desgarradoras, ya aquietantes, que se suceden en obras como *A l'amie dormante*, *Signes de Vie*, *Lucile*, *Jeu d'Ombres*, libros en cuyas páginas sorprenderemos voluptuosidades nuevas bajo las capas severas del espíritu. Y entonces, aparecerá mejor el lazo que atrae de nuevo a nuestro poeta hacia el “culto de los cuerpos y de los amores”.

*Hommeries* aparece en 1924. Mélot du Dy tiene 33 años. Su talento se afirma. Ha fundado con Hellens y Odilon-Jean Perier la revista “Le Disque Vert” que tan preponderante lugar ocupó en la literatura francesa de entre dos guerras. Las estrofas de *Hommeries* parecen extrañas flores de escarcha pegadas al vidrio de la ventana

tras la cual el hombre se entrega a sus costumbres eternas y singularmente burguesas. Hay en ello una ironía de que sólo es capaz este autor. "Estimado señor, decía una vez Cocteau, usted sabe que la poesía es la manera más insolente y más precisa de decir la verdad". Pero Mélot du Dy no se contenta ni con expresiones ni con paradojas; sólo son, para él, medios de llegar al sitio más sensible del corazón. El primer poema del libro *Amours* termina con estos versos:

"Entre naître et mourir, tu n'as rien que des jeux" (7)

pero el poeta nos ofrece igualmente esta estrofa:

Ainsi j'errais dans un monde immobile,  
Ainsi, frivole et gravement amer,  
Avec des jeux et des mines comiques  
Tu soupirais: Quant est-ce que l'on meurt? (8)

Qué brillantes artificios y también, qué nostalgia!

*A l'amie dormante* es un gran libro, la obra de un hombre extremadamente cultivado, de quien no se puede definir mejor su lirismo sino con estas palabras de Henri Pourrat:

"Estas estrofas... salidas de entre el aburrimiento y la ternura, de la ironía y la maravilla, hacia un país cualquiera en la línea de horizonte..." Esta adorable péndola es tan regular en su movimiento, que jamás deja adivinar el esfuerzo del poeta para alcanzar el milagro de la plenitud. Una llama ilumina el espacio... es la llama del estoicismo:

Dans ce pays choisi pour nous, dans ce village  
Où sans plainte j'attends les approches de l'âge,  
Simple étranger parmi les simples habitants,  
Sage, mais le coeur gros de scandales latents,  
Je t'aime encor, Beauté que je nomme impossible! (9)

La densidad del pensamiento aparece con toda su fuerza sugestiva, máxima que ha sido moldeada en forma tan personal como severa.

¿Dónde empieza, o dónde acaba, la dicha de la voluptuosidad? Y, esta felicidad, ¿sería acaso un placer de Tántalo? Parece justamente como si los poemas cortos fueran hechos para la respiración de un amante incapaz de afecto, y no obstante llevan su angustia en virtud de su inestabilidad natural. Y si este mismo hombre, uniendo su carne



herida a la de la santa estatua, se cree colmado por los dioses, pronto, el fastidio, tan cercano a la dicha, no dejará sino un cuerpo helado en el abrazo, por completo que éste sea.

J'épouse un corps glacé, trop aimé pour renaître:  
Dans la chambre fleurie aux funèbres parfums,  
Soumise encor, soumise a quel plaisir d'èfunt. (10)

Es preciso constatar que el poeta llega a grandes profundidades entre el sarcasmo y el amor; el resultado de una u otra de sus audacias, es de renovar el lenguaje poético y lograr que se olvide la frivolidad inicial. Un poeta de la ironía y un héroe del amor, todo a la vez. Sólo la poesía era capaz de ofrecernos esta feliz paradoja. Además, Mélot du Dy, no deja de poseer el “dón de infancia”, que expresa con igual naturalidad a cualquier otro. A propósito, podríamos recordar aquí lo que a veces se dice en España de ciertos hombres: “Tiene ángel”.

Garde ce pli d'enfance au coin de la paupière,  
Muse vieille, et sois sage, et fais bien ta prière  
Tous les soirs et tous les matins... (11)

«SIGNES DE VIE» es, también, un libro de amor:

Est-ce mon seul repos que je t'offre, Lucile?  
Aimer, c'est ravissant, mais ce n'est pas facile... (12)

Se adivina que el poeta, entre el propósito de ser frívolo y los medios de llevarlo a cabo, deja que sea el silencio el único creador de las virtudes humanas. Ciertamente, un poeta no puede privarse del encanto de las quimeras, pero Mélot du Dy recuerda siempre que al Musset de su adolescencia, —el poeta más que el dramaturgo— le faltó el valor de ser frívolo, y aconseja:

Si j'accuse avec vous le destin qui vous blesse,  
Pour soumettre la chance, il faut quelque noblesse,  
Un sourire, du calme, una simplicité:  
A ce prix seulement vous aurez m'èritè  
Les faveurs que les dieux d'ècernent... (13)

El poeta volverá sobre este tema de la suerte en otro poema del mismo libro:

. . . . . Plus je vais dans la vie  
Plus je pense qu'il faut avec simplicité  
Satisfaire à la chance où l'on est invité (14)

Y en su novela *L'Ami Manqué* pondrá en boca de uno de sus personajes: "La suerte, la suerte y el éxito, dependen de una especie de ambiente de calma, mejor dicho de "nobleza", en el cual tenemos la facultad de mantenernos cada vez que nos cruzamos con ella; una forma de dicha preestablecida, a la cual, otras satisfacciones se agregan con facilidad".

Por consiguiente, ¿por qué no acordarse con más frecuencia de un paraíso perdido y olvidar el fantasma de Tántalo? Gustar de la dicha en la sabiduría, como dijimos antes, fue la preocupación del poeta, lo cual es otra nueva expresión del pudor de Mélot du Dy.

Recordemos las páginas de Joubert sobre el pudor:

"Cuando la naturaleza exterior emprende la creación de un ser aparente, éste es tan frágil todavía, que toma sus precauciones. Lo coloca entre tejidos hechos con toda clase de materias por medio de mecanismos desconocidos, y le fabrica un refugio tal, que sólo la influencia de la vida y del movimiento pueden entrar fácilmente en él. El germen permanece en reposo, en soledad, en seguridad; le da forma lentamente, hasta que por fin lo saca a la vida. Así se ha formado el universo; así se forman, en nosotros, nuestras bellas cualidades".

Edmond Jaloux ha evocado estas palabras del finísimo moralista francés, para definir a Marivaux y a sus personajes, y cuya alma fue tan a menudo erróneamente juzgada; ha llegado a la conclusión de que el pudor comporta, en la persona que lo sufre, un exceso de sensibilidad, aparte de un exceso de amor propio. Este doble carácter del pudor podría ser vecino de la afectación; en Mélot du Dy sigue siendo una fuerza creadora, en virtud de la frivolidad que se le agrega, lo propio que en las piezas de Musset y del autor de "Fausses Confidences", es decir, un medio de defensa del escritor que rechaza los defectos de sus cualidades. Es evidente que cuando Mélot du Dy habla de amor, se sitúa en las antípodas de lo trágico, al igual que Marivaux, de quien debe gustarle esta confesión:

"He acechado en el corazón humano los diversos sitios donde

puede esconderse el amor cuando teme ser visto; y cada una de mis comedias tiene por objeto hacerle salir de esos escondrijos”.

Tal es la actitud que aleja a nuestro poeta, tanto como al propio Marivaux, de lo que se ha venido a llamar “marivaudage” (15). Y así es también la dignidad del escritor frente a los sentimientos en general, pues la frivolidad está aquí tan lejos del “marivaudage” como el “dón de infancia” de la ingenuidad.

O vie à jamais vierge, impure cependant,  
Chair aimable et malade et de songe obsédée  
Jamais l'on ne t'aura tout à fait possédée (16)

A medida que se profundiza en la obra de Mélot du Dy, se constata que este autor es, a pesar de su frivolidad, el poeta del amor, amor con sus rosas y sus espinas, su terrible grandeza y sus lugares comunes. *Lucile*, que data igualmente de 1936, bastaría para demostrarlo. Lucila, simple Eva, o Venus, o Psique: la amante es una presa, pero esta palabra encierra, en el seno de esta poesía, tanto una idea de angustia como una llamada de placer.

Ah! laisse-toi me plaire avant les nuits mauvaises,  
Accepte sans murmure un vrai baiser de moi!  
Bientôt, je souffrirai, trop pour que tu me plaises,  
Et mon dernier tourment, ce ne sera plus toi. (17)

En muchos poemas de este libro, ¡cuántas oposiciones reveladoras! De lo puro a lo impuro, de la juventud a la vejez, de la vida a la muerte, de la frivolidad a la seriedad. Deberemos pues acordarnos incesantemente de esta frivolidad. Acaso, ¿no está ahí para olvidar toda amenaza? El poeta sabe muy bien que deberá reírse del peligro, si quiere evitar de caer en lo trágico, tan impropio de él. Así lo explica en las dos últimas estrofas del poema intitulado precisamente *Menace* (Amenaza).

Qu'un beau danger, toujours plane sur notre vie,  
Et que nos yeux rieurs suivent ce grand oiseau ! (18)

Alcanzamos aquí la dignidad de un sabroso escepticismo y sin embargo el fantasma de Tántalo, con cara desgarrada por el deseo, aparecerá frecuentemente alrededor del poeta; volverá a rechazarlo sin cesar; páginas de estoicismo se agregarán a aquellas en donde una felicidad más fácil dispensa la inteligencia del polemista aristócrata.

Estas son las reflexiones que atraen la atención del lector al iniciar la lectura de *Jeu d'Ombres*, aparecido en 1937, y

C'est encore un esprit qui cherche son amour . . . (19)

Escuchemos este pasaje del magnífico poema con que empieza la obra:

Mais c'est un autre bien, c'est un plus fort breuvage  
Qu'il nous fallait au prix d'un absurde courage:  
Car notre soif demeure; et nous mourons, vieillis  
Devant les fruits vivants que l'on n'a point cueillis.  
Devant cette légère et sainte nourriture  
Où nous aurions tenu notre grandeur future,  
Que nous restera -t-il, enfants près de la mort,  
Que le vain souvenir d'un souffle et d'un effort,  
Du souffle qu'exhalaient nos bouches dësireuses,  
Et du pénible effort des lèvres malheureuses ? (20)

Con un espíritu atormentado por una malicia ya habitual, el poeta nos hará olvidar después el poema de la sed y del hambre, diciéndonos:

Le miracle est d'oublier que l'on a mal. (21)

Todo es vanidad: como lo sabe el poeta, que traduce con ironía la fábula mundial, pero a pesar de ello, y quizás a causa de ello, no cesa de aventurarse por entre los placeres familiares del amor y la amistad; alcanzará así más de un sufrimiento, vacilará ante la evidencia de la nada, pero antes de dar nuevas cadencias a sus sueños, tendrá el gesto del hombre apasionado por el fuego que no muere nunca:

Ne rien dire. Laisser les souffrances frivoles  
Mener toute chimère au someil de l'oubli;  
Mais du moins, sur ce feu dans l'ombre enseveli,  
Poser un seul instant mes lèvres taciturnes,  
Et croire aux pauvretés de ces plaintes nocturnes . . . (22)

Ir más allá de las cosas, no es abstraerse de la vida, es buscar una retirada en el infinito del pensamiento para considerar mejor "los juegos del amor y del azar", es gozar de la vida, pero entregarse sólo

con la prudencia que exige la interrogación o mejor la duda. Equivale inclusive, a veces, a luchar con ella hasta que la dulce mirada de la absurdidad aparezca como una nueva luz destinada a alumbrar el reverso de lo real, un mito más.

En este viaje maravilloso más allá de lo existente, Mélot du Dy da igualmente algo de sí mismo con obras en prosa: *Les trois graces*, *L'ami manqué* o *La lettre au médecin*. Ha querido procediendo así, dar a los hechos cierto ritmo voluntario. Robert Guiette lo observó en *L'Ami manqué* y comentó: "Puede parecer, a primera vista, que haya un propósito inútil de modelar, así la vida a conveniencia... Cuando se logra, la obra conserva una sonoridad cautivadora: penetra más hondamente en el alma del lector y se funde íntimamente con los recuerdos de su propia vida". Con su paso dialéctico, ¿va el artista hacia lo real o bien sale de sí mismo? En un ensayo sobre "La dialectique poetique de Descarte", Marcel Decorte escribió: "Propiamente hablando, el artista, poeta o pintor, no parte de lo real, sino que va hacia lo real, substituyendo sus propias construcciones. Lo real estramental es tratado por él como un objeto puro; no saca de él objeto inteligible alguno, lo considera como un "devant soi" y pone en su lugar las imágenes concebidas y engendradas por su pensamiento". En el caso de Mélot du Dy, se trata de partir de su propia realidad para abordar la otra realidad, que es como el mayor común divisor de los diversos juicios del hombre. Este paso o marcha, sólo se puede interpretar como un ritmo voluntario que, por deseo propio, vuelve eterno el instante del poeta. El triunfo de Mélot du Dy consiste en que no rompe su instrumento exponiéndolo a una actitud intelectualista o a un uso impropio del lenguaje. "Tanto va la creencia hacia la vida, hacia lo que la vida tiene de más precario, —la vida real naturalmente— que al fin esta creencia se pierde", escribía André Breton en otros tiempos. Mélot du Dy nos demuestra que se puede ir hacia esa vida precaria sin peligro alguno para la poesía, cuando se coordina su movimiento con un orden estético perfecto en el seno del parentesco esencial de todas las cosas, pero sin considerar estas cosas en su individualidad propia. Al poeta de *Lucile* le gusta la frase cuidada, y al igual que André Gide, no teme provocar dificultades para vencerlas después con mano maestra. El artista mide la grandeza de su mensaje; examina, corrige y consulta las reglas más experimentales, pero también crea otras que permitirán al estilo una forma adecuada ante las audacias del pensamiento. Así anda el poeta verdadero, sin renegar de sus maestros, pero esparciendo en el espacio lírico de

su siglo, un aporte de ensueños. "Veinte veces sobre el oficio...", viejo consejo de Boileau, es también una faceta de la dignidad de Mélot du Dy.

La habilidad de este escritor en el manejo del verso, su conocimiento completo de las literaturas latina, italiana, portuguesa, alemana e inglesa, su curiosidad siempre latente por la filología, debían inclinarlo hacia la traducción de algunos poetas extranjeros. Shakespeare, Keats, Heine, Petrarca, y recientemente Cecilia Meirelles, nos son presentados en francés, gracias a la habilidad y a la sensibilidad del traductor, con una claridad y fidelidad musical admirables.

La frivolidad de Mélot du Dy nos ha llevado bastante lejos del "marivaudage". Y puesto que nuestro autor ama tanto los tesoros de la infancia, hagamos, para terminar, una última visita al Dios del poeta, un Dios que imprime la nítida viveza de una imaginación lírica siempre renovada:

### CE DIEU

Lui-même ne craint pas les tendresses su jeu,  
Ni qu'en l'esprit jamais trop d'enfance sourie.  
Lui-même, tous les soirs, naïvement se prie,  
Et, l'ouvrant au matin, retrouve, c'est bien sûr,  
Un beau soleil séché dans sa bible d'azur. (23)

EDMOND VANDERCAMMEN

La traducción ha sido hecha por Luis Vicens.

# Mefot Du Dy Poeta de la Pasión Discreta

## NOTAS

- (1) Entonces, soñaremos en nuestro amor, los dos,  
Lejos de lo real, de lo mediocre, de lo infame...
- (2) ¡Ay! burlado por un espejismo delicioso,  
Si descubro un día, después de un gran viaje,  
El gran país, tan diáfano, tan bello, temo  
De hallar en él una vida tan mediocre, en suma,  
Flores, ¡ay!, como todas las flores,  
Y hombres iguales a todos los demás hombres...
- (3) Gran silencio, noche total.  
Aguardar un instante. Yo veo.  
Escuchar aún... La voz,  
El fantasma de Tántalo  
Anda por aquí como una bestia  
De dónde nos llega, y cómo,  
Este lacustre, este poeta  
Observado en las novelas?  
En lo profundo de una memoria,  
Su propio ojo de ingenua.  
Podéis muy bien creer  
Que no le tenemos ningún miedo!
- (4) Sé que un amor reina y se obstina  
lejos de las flores indiscretas.
- (5) Lo que vosotros ignoráis, mis hombres,  
No es ningún dolor profundo,  
Ni tampoco la inquietud profunda;  
Es más bien la dulzura frívola,  
Es más bien el reflejo sobre la ola  
Que pasa y también se queda.

- (6) ...pues, en fin  
Era en la Edad de Oro cuando se moría de hambre, -  
Y cuando la angustia nunca fue tan confortable:  
Misericordia de nuestras gentes de hoy, qué fábula  
A mecer lo eterno!
- (7) Entre nacer y morir, no hay sino gestos.
- (8) Así, erraba por un mundo inmóvil,  
Así, frívolo y fuertemente amargo,  
Con gestos y caras cómicas  
Susurrabas: ¿Cuándo es que se muere?
- (9) En este lugar escogido para nosotros, en este pueblo,  
En donde sin quejarme espero los accesos de la vejez,  
Simple extraño entre los simples moradores,  
Tranquilo, pero el corazón nostálgico de un vivir latente.  
Te amo todavía, Belleza, que ya llamo imposible!
- (10) Me uno a un cuerpo helado, demasiado amado para renacer:  
En la cámara florida, llena de fúnebres perfumes,  
Sometida aun, sometida a ese gran placer difunto.
- (11) Guarda esa arruga de infancia al borde de tus ojos,  
Vieja musa, sé juiciosa, y haz bien tu plegaria  
Todas las noches y todas las mañanas...
- (12) Es éste el único reposo que te ofrezco, Lucila?  
Amar, es arrebatador, no es fácil...
- (13) Si acuso con vos al destino que os hiere,  
Para someter la suerte, se precisa cierta nobleza,  
Una sonrisa, quietud, simplicidad:  
Sólo a este precio habrá merecido,  
Los favores que los dioses otorgan...
- (14) ...Cuanto más voy por la vida  
Más creo que débese con simplicidad  
Ceder a la suerte a la que se es invitado.
- (15) "Marivaudage": lenguaje afectado, desprovisto de natural.
- (16) O vida jamás virgen, sin embargo impura,  
Carne amable y enferma y de quimera obsesionada,  
Jamás nadie te habrá poseído por completo.
- (17) ¡Ah! deja agradarme antes de las noches negras,  
Acepta sin murmullo un verdadero beso de mí!  
Pronto, sufriré, demasiado para que me gustes,  
Y mi último tormento ya no serás más tú.
- (18) Que un hermoso peligro, planee siempre sobre nuestra vida,  
Y que nuestros ojos risueños sigan a esa ave inmensa!



- (19) Es todavía un espíritu que busca su amor...
- (20) Pero son otros bienes, brevajes más fuertes  
Que nos conviene, al precio de un absurdo valor:  
Pues la sed persiste; y nosotros morimos, envejecidos  
Ante los frutos vivientes, jamás recogidos.  
Ante este frugal y santo alimento  
Donde habríamos mantenido nuestra grandeza futura,  
Qué nos quedaría, hijos cerca de la muerte.  
Sino el vano recuerdo de un aliento, de un esfuerzo,  
De hálito que exhalaban nuestras bocas sedientas,  
Y del penoso esfuerzo de los labios desventurados?
- (21) El milagro, consiste en olvidar nuestros males
- (22) No decir nada. Dejar los sufrimientos frívolos  
Llevar toda quimera hacia el ensueño, hacia el olvido;  
Pero al menos, sobre este fuego consumido en la sombra,  
Poner por un instante mis labios taciturnos  
Y creer en la pobreza de estos lamentos nocturnos...
- (23) ...Este Dios  
ni siquiera él teme las ternuras del juego,  
ni que en espíritu nunca infancia sonríe,  
él mismo, todas las noches ingenuamente para él ora,  
Y al abrirlo por la mañana, encuentra ciertamente,  
un bello sol secado en su biblia de azul.